

D. RAMÓN VÉLEZ HERRERA.

LA PELEA DE GALLOS.

Una mañana de Pascua,
Del Guañabal á la Ceiba,
No quedó un aficionado
Que á las Mangas no corriera
Á presenciar de los gallos
Las celebradas peleas.
Apenas la luz del alba
Dora los montes risueña,
Cuando de airosos jinetes
Nuestros caminos se pueblan.
Entre todos se distingue,
Por su gallarda apariencia,
Noble ademán, bella estampa,
Juan Pérez el de las Vegas.
Monta el bizarro guajiro
Un caballo de piel negra,
Casco liso, fuerte pecho,
Ojos vivos, crin espesa,
Tan ligero en regatear,
Que la cola en la carrera
Oculto el ligero bruto
Entre las delgadas piernas.
El mancebo que lo rige
Corriendo se gallardea,

Y apenas toca al pasar
Á las puntas de las piedras.
Sencillamente vestía
De blanco, y en la cabeza
Atado muestra un pañuelo
De listas, y calza espuela,
Machete al cinto, terciado,
Y de paja de la tierra
Luce un sombrero tejido
Que parece fina tela.
Un gallo lleva en la mano,
Terror de Guara y Melena,
Que cuando pica á un rival
Muere al punto ó aletea.
Llega á las Mangas; las calles
Se cubren de gente inquieta,
Que del sangriento combate
Sólo la señal espera.
Agólpense los curiosos,
Y cuando el galán pasea,
Los ojos del pueblo fijos
En la carrera se lleva.
—¡Es Juan Pérez!—gritan unos.
—¡El gallero de la Ceiba!—
Claman otros, y sonando
Va Pérez de lengua en lengua.
Encaminóse gallardo,
Y soltando entrambas riendas,
El intrépido jinete
Se arroja de un salto en tierra.
Pisa la valla, saluda,
Y el pueblo le victorea
Porque es el mozo más rico
Que hay de San Diego á la Ceiba.
—¡Juan Pérez!—exclama absorta
Al verlo la concurrencia,
Formando un estruendo ronco
Que al turbado mar semeja,
Cuando con sordos bramidos

Azota nuestras riberas.
Serenóse la algazara
Y con varonil presencia
Rompe la turba apiñada
Juan Pérez con faz serena.
—Aquí está el gallo, es valiente,
Y con cien onzas se juega,
Sin medir los espolones,
Ni sujetarlo á la pesa.—
Dice; y lo arroja orgulloso
Con tan vigorosa diestra,
Que al caer abre las alas
Y ufano se gallardea.
Era el bizarro animal
De la raza de las sierras:
Ágil, intrépido, osado,
Largo pico, pluma negra,
Cuello erguido, corvas uñas,
Descarnada la cabeza;
Clava los ardientes ojos,
Escarba y pica la tierra,
Sacude el cuerpo y cantando
Con fiero ademán pasea.
—Acepto el reto: cien voces
Se oyen á un tiempo y resuenan,
Porque se admiran del gallo
El brío y la gentileza:
Un contrario le preparan
Vencedor en diez peleas.
Mas de improviso el gentío
Rompe el gallardo Juan Mena,
Mozo apuesto y agraciado,
Dueño de sitios y vegas,
Avecindado en las Mangas,
Gallero por excelencia,
Aunque muy escaso de años,
En la valla se presenta.
—Cien onzas más, camarada,
Doy á mi gallo, y lo suelta.

Era el animal la flor
De los gallos de Cepeda:
Talisayo, de alta estampa,
Ancha cola, aguda espuela:
Lo amarillo de las plumas
Que con las negras se mezclan,
Forma bellos tornasoles
Que deslumbran y reflejan.
Pero calmóse el bullicio,
La valla en silencio queda:
Ni un acento ni un murmullo
Turba un instante la escena,
Y el temor y la esperanza
Tiene la gente suspensa.
Dada la señal, furiosos
Se arrojan á la pelea
Los dos terribles rivales,
Combatiendo con fiereza,
Como se lanzan dos tigres
Al encontrarse en las selvas,
Despedazándose audaces
Con dobles garras sangrientas;
Los sañudos adversarios
Vuelven y luchan, se empeñan:
Los miembros ensangrentados,
Las plumas al aire vuelan.
Al parecer se fatigan
Y abandonan la palestra.
Pero encendidos de nuevo
En la rabia que los ciega,
Se embisten y se entrelazan,
Pico á pico, espuela á espuela.
El prieto se vuelve atrás,
El talisayo se acerca,
Cuando de un vuelo el de Pérez
Salta y estrecha al de Mena:
Clávale el pico, y de un golpe
El corazón le atraviesa.
Herido el gallo, vacila,

Gira, y las alas sangrientas
Abre y recoge inclinado
En el suelo la cabeza.
Pero se encarniza el prieto,
Sobre el cadáver pasea,
Lo pica, escarba y sacude,
Y aunque herido, canta y vuela.
Óyese un sordo rumor,
Se agita la concurrencia:
Uno corre, otro maldice,
Aquel jugador reniega;
Unos cobran, otros pagan,
Éste con gritos atruena,
Formando el estruendo ronco
Del huracán de las selvas.
Envanecióse Juan Pérez
Y al regocijo se entrega;
Y entre los vivas y aplausos
Que hasta en los montes resuenan,
Al ver que sacan su gallo
Victorioso en la pelea,
Monta de un salto su potro,
Y lanzado en la carrera
Por las escabrosas calles
De las Mangas atraviesa,
Y al tender la obscura noche
El manto de sombras negras,
Con el gallo vencedor
Entra triunfante en la Ceiba.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS.

Cortando airosas los mares
Vuelan las bellas piraguas
Que á los combates conduce
El cacique de Bahama.
En el altar se arrodilla,

Jura el guerrero venganza,
Y su belicosa gente
Encamina á nuestras playas.
Pueblan con ecos sonoros
Los aires y las montañas,
Y con los remos y quillas
Las olas atórmontadas
Nevados surcos de espuma
Heridas del sol formaban.
Son los guerreros feroces
De las vecinas Lucayas;
Tiñen el rostro severo
Pintas negras y encarnadas,
Y á la merced de los vientos
Las rojas plumas flotaban.
Un cacique los dirige
Tan experto en las batallas,
Que no hay islote en el golfo
Que no cante sus hazañas.
El invierno de la vida
Aun su brazo no doblaba
Y en los centellantes ojos
Refleja el fuego del alma.
Un magnífico carcax
Cuelga del hombro á la espalda,
Y en la alta mano suspende
Una nudorosa maza.
«Avancemos, compañeros;
El que espera nada aguarda,
La prudencia hace al cobarde,
El héroe fía en la audacia.»
Dice, y su gente furiosa
Flechas y piedras dispara,
Y avanzando en dobles líneas
Cercan el puerto de Jagua.
Aturde el ruido que forman
Los guerreros en su marcha,
Y el espanto y el terror
En nuestras costas derraman.

Y á lo lejos parecían
Las infernales fantasmas
Que en las tartáreas regiones
Entre las tinieblas vagan.
Nuestras indias inocentes,
Que los cerros coronaban,
Despavoridas corrían
Á las desiertas cabañas,
Suelos los negros cabellos
En las desnudas espaldas,
Y en la cuna de sus hijos
Los bellos ojos fijaban.
Pero apenas el rumor
Oye el cacique de Jagua,
Al fiero Ornoya confía
La salvación de la patria.
Todo es vida y movimiento,
Hierva la gente en las playas,
Resuenan los caracoles,
Cúbrese el mar de piraguas,
Y las lúgubres bocinas
Sordas el aire rasgaban.
Vuela el cacique al combate,
Y la juventud arrastra,
Ya con el arco ó la piedra,
Ya con el remo ó la maza.
¡Ornoya! El fiero guerrero,
Flor de los héroes de Jagua,
Cuyo brazo no vencido
Era el cedro en la montaña,
Y cuya voz excedía
Al trueno que ronco brama,
Y al rayo que corta el aire
En rapidez semejaba;
Da la señal, y sangrientos
Sus guerreros avanzaban,
Y empuñan la recia lid,
Tiñen de sangre las aguas,
Chocan las naves, se estrellan

Y airadas se despedazan
Las dos enemigas tribus
Al soplo de la venganza.
En medio de la pelea
Ornoya el brazo levanta,
Aquí hiere, allí extermina,
Allá empuñando la maza
Abre á un rival la cabeza
Y del cuerpo la separa.
Pero al ver que el enemigo
Dobla irritado su audacia,
Con acento varonil
Á su hueste electrizaba.
«Compañeros, la victoria
Corona nuestra esperanza;
Combatamos, y seguidme;
Que el que expire en la batalla,
Á la noche del sepulcro
No bajará sin venganza.
¿Qué teméis? Una es la muerte;
Sólo la deshonra infama;
Los cuerpos del enemigo
Nos servirán de mortaja,
Al crujido de los huesos
Que hollemos con nuestras plantas.»
Dice; y las naves ligeras
Miden furiosas las aguas,
Cortan el aire las flechas,
El mar sus ondas levanta,
Y se amontonan cayendo
Piedras, troncos, leños, mazas;
Á los golpes se desploma
Una entreabierta piragua,
Y en las rocas puntiagudas
Se oyen estrellar las tablas.
Embravecida la lucha,
Se estrechan y se entrelazan
Combatiendo los rivales
Con enfurecida saña.

En el cráneo del vencido
Las agudas uñas clavan,
Y en las órbitas vacías
Los sangrientos ojos saltan.
Arrancan la cabellera
Del que cayó en la piragua;
Y con la carne aun caliente
Sobre los remos flotaban.
Los guerreros semivivos
Arroja el mar en las playas,
Y los fúnebres clamores
El viento lleva en sus alas.
Los tiburones roqueros
En las olas aleteaban,
Y á los héroes insepultos
Con los dientes despedazan.
Lago de sangre es el fondo
De cada hundida piragua;
Nadie vacila en la lucha,
Y el laurel de la batalla
Indecisa la victoria
Á los campeones negaba.
Cuando rompiendo las olas
En una hermosa piragua,
Por las filas enemigas
El audaz Ornoya avanza,
Y al genio de las tinieblas
Finge el guerrero en su marcha.
Síguenle doce campeones
Recios de miembros y espaldas,
Agiles, vivos y osados,
En cuya frente tostada
Azules y blancas plumas
Tintas en sangre flotaban.
Enfurecidos se arrojan,
Y en la enemiga piragua
Acometen al cacique,
Que fieramente luchaba
Con el tropel de guerreros

Por arrebatat la palma,
Cuando clavan en sus sienes
Una flecha emponzoñada:
El cacique lanza un grito,
Vacila, cae, y la maza
De la mano moribunda
Suelta al exhalar el alma,
Exclamando en ronco acento:
¡Victoria! ¡Muerte! ¡Bahama!
Al ver caer al guerrero
Infiel su gente desmaya,
Y furioso el bravo Ornoya
Rompe, desordena, mata,
Filas enteras derriba,
Y de piragua en piragua
Como el rayo en la tormenta
Atropella, desbarata;
Y en el montón de cadáveres
Su sombra se dibujaba
Como el ángel de la muerte
Que el Universo amenaza.
«¡Victoria!» gritan cien voces;
Y en la ruidosa algazara,
¡Victoria á Ornoya! repiten
Las indias en las montañas.
Huye aterrado el vencido,
Baten los remos las aguas,
Y en el vecino horizonte
El sol las velas doraba;
Hierven las olas, los vientos
Desplegan fieros las alas,
Y en filas de dos en dos,
Con las vencidas piraguas
Y seis caciques rendidos
Entra el vencedor en Jagua.

D. MIGUEL TEURBE TOLON.